

# Nada más que el amor

**Autor / Author**

**STEFFENS, Martin**

**Editorial / Publishing company**

**Ediciones Encuentro. Madrid, 2017. 80 pp.**

**E**ste breve ensayo recibió el año 2016 el premio al Libro Religioso en Francia y constituye una interesante aproximación desde las claves filosóficas y teológicas al martirio como expresión vivida de la fe católica. La novedad de su aportación reside en el hecho de que no propone una nueva explicación teórica, sino que se sale del discurso dialéctico entre fe y Modernidad para recuperar la sustancialidad de la vida cristiana. Como señaló Benedicto XVI en los primeros números de la encíclica *Spe Salvi*, la misma traducción luterana de la *carta a los Hebreos* puso de manifiesto hasta qué punto la fe se había convertido en la Modernidad en una cuestión de convicciones subjetivas, cuando en el texto griego original lo que el autor de dicho texto señalaba es que la fe “es sustancia de lo que se espera”. Este traer al momento presente la realidad que esperamos debería situar al cristiano en una perspectiva no sólo nueva, sino del todo inaudita en medio del mundo.

Así, en su presentación, monseñor Martínez Camino destaca que «explica de modo conciso y al día las razones por las que la vocación cristiana es una vocación martirial: por qué lo ha sido siempre, por qué lo ha sido de modo particular en el siglo XX y, por qué lo está siendo también en los comienzos de este siglo. A esas razones Martin Steffens las llama “indicadores”, para evitar que sean confundidas con supuestos imperativos de alguna necesidad mundana. Son razones muy razonables, pero no serían inteligibles desde una razón que no participara de apertura teológica del ser humano» (p.8). Este es uno de los motivos por los que nos hacemos eco de su publicación en estas páginas. Constituye un sincero y cuidadoso esfuerzo por establecer una relectura de la realidad que incluye la fe como vida, no como simple categoría racional. A nuestro juicio, es lo que el autor quiere decir cuando afirma en el prólogo que «el texto que tenéis en las manos me ha trabajado a mí, en profundidad. [...] Este libro es para aquellos y aquellas que tienen miedo, pero que temen también perderse ellos mismos en ese miedo. Para

aquellos y aquellas cuyo miedo está elevado al cuadrado: miedo de que el miedo acabe por privarnos del gusto por la vida y del sentido de nuestra vocación. [...] Nuestra vocación es amar, en un sentido fuerte y preciso del que este texto va a intentar dar cuenta» (p.11-12)

En efecto, no nos encontramos en el momento de los discursos, de la comparativa entre teorías o ideologías. La muerte de las ideologías de la que se habló a finales del siglo XX no ha sido tal: ha sido solamente la constatación de que las construcciones ideológicas ya no sirven teóricamente, ni satisfacen el corazón humano, pero en realidad, siguen imponiéndose como relatos sociales por la violencia. La única oposición real a las mismas no es otra teoría, es una propuesta de vida.

A partir de este punto de partida se articulan los cinco momentos del ensayo: la amenaza, la guerra, la sumisión, el martirio y el envío.

En la descripción de *la amenaza* muestra cómo el esfuerzo por anular el misterio del ser humano ha llevado a suprimir a los seres humanos. «Cuando se busca una solución al problema del hombre, nos encontramos con la solución final» (p.16) se atreve a afirmar sin tapujos. Y una vez más, haciéndose eco implícitamente de la teoría mimética de Girard, afirma que la única superación de la violencia mimética es la creencia cristiana en que el sacrificio de Dios ha acabado con todos los crímenes contra el hombre. Y desde la cruz el hombre puede comprender que sólo puede recibir lo que Él nos ha dado: Amor. «Quien, como el cristiano, se ha perdido a sí mismo para recibirse de Dios, no recibe ningún golpe que no tenga el regusto del amor» (p.21). Por eso el campo de juego del cristiano, señala en unas páginas brillantes más adelante, es el del compromiso con la realidad, pero sin confundirse con ella, porque el campo de juego del cristiano no es «el del Bien, el de los que *tienen* razón» (p.30), sino el de amar a todos señalando el Cielo, y por lo mismo, corriendo el riesgo cierto de ser despreciados por todos.

Encontramos también unas páginas muy provocadoras cuando denuncia la figura del Estado Moloch como quien somete a la persona a mecanismos de despersonalización, y con un texto de Simone Weil denunciando al nazismo, traza un paralelismo con el Estado Islámico: «el Estado total europeo y el Estado islámico han sido hechos probablemente para entenderse» (p.35), porque llega una nueva forma de poder que «podría ser la conjunción espantosa del Derecho (juridicismo europeo y legalismo musulmán) y de la Técnica (propaganda, armamentos, consumo de dispositivos electrónicos de faz exterminadora). Todo ello coronado por una espiritualidad sin encarnación» (p.36). Queda patente así la radical novedad de la propuesta cristiana y, por tanto, la única lectura posible que se puede hacer desde ella de la historia y la acción humana, que como decíamos al inicio, supone una relectura que supera las categorías estrictamente racionalistas.

En el segundo capítulo, *la guerra*, el autor muestra cómo es propio del cristiano luchar para oponerse al Mal. Pero desde el momento en el que ha dejado claro antes que el cristiano no es de ningún bando, se trata de una guerra «sin entrar en la lógica del Mal» (p.49), la guerra de quien «procura no perderse en combates equivocados» (p.51). Por tanto, no es la respuesta violenta a la violencia, sino la de quien lucha para asumir sobre sí la violencia y hace posible la esperanza.

Lo que no puede significar, como analiza en *la sumisión*, que el cristiano ha de vivir sumiso ante cualquier realidad sociopolítica que le sobrevenga, pues el cristiano no es un pueblo de la Ley, sino un pueblo del corazón, de la misericordia. «Muchos cristianos, extenuados por los excesos de la Modernidad tardía, asustados por ella, están sin duda dispuestos a volver a ser siervos. No tienen la audacia de llamar a cada uno al arrepentimiento, de decirles a todos que, si quieren, serán salvados» (p.57). Una vez más, el autor plantea valientemente cómo la relectura cristiana de la historia implica romper los esquemas alienantes de una estructura política hecha a la medida de la finitud para anular el anhelo de infinitud que anida en el corazón humano.

Llegamos así al capítulo cuarto, *el martirio*, en el que desarrolla los que, en vez de razones, denomina «indicadores» por los cuales el cristiano puede dar la batalla para vencer el miedo sin entrar en la dialéctica violenta de la modernidad caduca. Son indicadores de la vida genuinamente cristiana que, por lo mismo, suponen un claro camino al martirio, claramente injusto, pero inevitable si el cristiano es testigo de la vida en Cristo. En el texto de esta reseña no podemos más que enumerarlos, invitando al lector a que se adentre en la explicación de los mismos: «saber, de corazón, que lo mejor está sin duda por venir», «el pecado como lugar de la revelación de Dios-Amor», «Jesús es el maestro de lo imposible», «el martirio es pasarse al otro lado en la Pasión», y finalmente, «la sangre de los mártires como semilla de la Iglesia».

Concluye el ensayo con *el envío*, esto es, con el abandono: «no tenemos que acoger más que la vida; o por ella: en la alegría o en el sufrimiento, dejar un poco más de campo al reino de Dios» (p.79).

Como decía al inicio de esta reseña, se trata de un ensayo provocador, pero sobre todo, de un texto que interpela a la propia vida, no a las ideas. Algo así como aquello que decía Unamuno de que la verdadera novela es de carne y hueso, mostrar la radical novedad de la vida cristiana no es equipararla al resto de teorías sobre lo político, sino leer esto desde aquella. ■

**AGEJAS ESTEBAN, José Ángel**

Universidad Francisco de Vitoria  
Madrid (España)